

Henry la lagartija

—Había una vez una lagartija que se llamaba Henry...

Popi escuchaba atentamente a su mamá desde el asiento de pasajero. Ella siempre le contaba cuentos en camino a la escuela y a él le encantaban. Su mamá continuó:

—Henry era una buena lagartija, alegre y encantadora. Todas las otras lagartijas querían a Henry... excepto una.

Popi abrió bien los ojos y subió las cejas. ¿Quién podría ser esta otra lagartija? Su mamá notó que el suspenso hizo efecto y prolongó la pausa para aprovecharlo. Popi no aguantó más.

—¡Mamá! Sigue...

Su mamá sonrió y asintió.

—Okey, okey... bueno. Había una lagartija que no quería a Henry. Su nombre era...

Hizo otra pausa para crear más suspenso, sí, pero también para darse tiempo suficiente y poder inventar otro nombre de lagartija ficticia.

—¡Su nombre era Larry!

Popi suspiró con asombro. Finalmente conocía la identidad de la otra lagartija.

—Larry no sólo no quería a Henry —continuó su mamá—. Larry lo odiaba.

—¿Por qué? —preguntó Popi—. ¿Por qué lo odiaba?

—Larry odiaba a Henry porque quería ser tan querido como él. Larry también era una buena lagartija; pero a nadie parecía importarle. Todo era «Henry esto» o «Henry aquello» y nada para Larry. A veces, el odio era tanto que Larry veía a Henry pegado al techo con sus cuatro patitas y deseaba que se resbalase y se cayese.

El auto se detuvo lentamente ante la luz roja del semáforo que colgaba sobre la calle. Popi y su mamá estaban a punto de llegar a la escuela.

—Dale, mamá; sigue con el cuento. Ya estamos llegando.

La luz cambió a verde demasiado rápido y el auto arrancó de nuevo, al igual que el cuento.

—Entonces, un día, Larry decidió que ya no aguantaba más. Vio a Henry en la esquina del piso de la cocina y lo enfrentó. Le dijo que lo odiaba y que quería pelear con él. Henry intentó razonar con Larry. Le dijo que no entendía su odio, que no quería problemas, que quería que todas las lagartijas estuviesen felices y contentas; pero su actitud de buena lagartija enojó aún más a Larry. Este corrió con sus patitas hacia Henry y lo atacó...

Popi estaba tan inmerso en el cuento que no se percató cuando llegaron. El auto estaba encendido e inmóvil frente a la entrada de la escuela.

—¿Quién ganó? —preguntó Popi—. ¿Quién ganó la pelea?

—Te digo cuando te busque —respondió su mamá—. Que te vaya bien, hijito. Te quiero mucho.

Popi rompió en llanto. El cariño de su mamá liberó todo lo que él sentía: una mezcla nublosa de miedo, amor, tristeza, curiosidad y una sincera preocupación por Henry la lagartija.

—No quiero ir; no quiero ir.

Popi rogaba y rogaba para poder quedarse en el auto, escuchar el final del cuento y nunca ir a la escuela.

—Te prometo que hoy te irá súper —dijo su mamá—. Apenas te busque en la tarde te cuento quién ganó la pelea.

—Bueno... chao...

—Chao, hijito.

Popi, resignado, se bajó del auto, con su maleta de rueditas y su lonchera favorita. Comenzó a caminar hacia lo desconocido de un nuevo día en la escuela mientras que las rueditas de la maleta rodaban sobre los mosaicos de ladrillo.

Con ganas de seguir llorando, se volteó para ver a su mamá; pero esta ya se había ido. Sintió más lágrimas acumularse detrás de sus ojos y se las aguantó, aunque algunas se le fugaban y él hacía lo posible por pegarlas a sus ojos, ahora húmedos y brillosos.

Justo entonces, una lagartija pasó corriendo delante de él, con sus cuatro patitas, desplazándose sobre los mosaicos con la confianza de la directora de la escuela. La lagartija era verde caña y se veía sana y salva.

Popi supo que era Henry; supo que había derrotado a Larry; supo que ahora estaba allí para acompañarlo a la escuela. Con una sonrisa que transformaba sus lágrimas fugadas en lágrimas de alegría, dijo, como llamando a un amigo de la escuela:

—¡Henry!